

HOJAS EN LA ORILLA

Francisco Ramírez Viu

ANROART EDICIONES, 2007

PÁGINAS, 302

ISBN-13: 978-84-96887-42-8

(FRAGMENTO)

Pronto se llenaron las mesas de platos, algunos reconocibles y otros que el hombre no había visto nunca. La mujer que tenía a su derecha, que apenas podía masticar, pero que bebía vino en abundancia, le explicó los principales condimentos de las comidas. Primero se sirvieron ostras, mariscos y diferentes pescados, tanto de mar como de río, junto a colas y lenguas de ciervo, huevos de lagartos, estofados de oca, larvas de abejas reina, pequeños ratones en salsa y mirlos silvestres fritos. La mayoría de los platos estaban magníficamente adornados, formando curiosas piezas encima de la mesas. En la suya, el estofado de oca destacaba como un paisaje de montaña en el que los diversos colores los formaban legumbres, pequeñas plantas aromáticas, raíces o filamentos de nabos, cebollas y tomates. Una pequeña casa de ladrillos de zanahoria y ventanas de corteza de patata remataba aquella presentación. Un niño de pestañas azules llenó su jarra de un vino oscuro y afrutado.

-Cuando vea usted una gran mesa preparada con exquisitez, no abra sobre ella su boca el primero –le dijo un viejo al oído. Después le miró a los ojos y alzó el cuello–. Aquí hay muchos pecadores que se atropellan en los convites, como los animales.

El hombre le miró y trató de sonreír mientras chupaba la pata de un cangrejo.

-Este año han traído treinta pintores y escultores para la fiesta –dijo señalando al estofado de oca–. Hay veinte pasteleros de más allá de las colinas,

y no sé cuántos cocineros han contratado... Puede que más de cincuenta –la nuez del viejo subía y bajaba al ritmo de su saliva.

-¿Qué le estás contando a nuestro invitado, Francisco?... No le haga usted mucho caso, está un poco despistado con el tiempo –dijo la mujer, atornillando un dedo a la cabeza.

Francisco le siguió contando que muchos años atrás tuvo lugar una celebración en el pueblo que se prolongó durante cinco días y cinco noches, en la que todos comieron hasta no poder probar ningún bocado más. Las calles se habían llenado de vómitos y de hombres inconscientes. En aquellos tiempos, cualquier persona que tuviera el ingenio suficiente para inventar algún plato tenía como premio el poder comerlo de manera gratuita durante un año. Pero eso era antes, cuando los esclavos de pueblos vecinos servían las comidas y en los banquetes se preparaban más de doscientos pescados diferentes cocinados de cincuenta modos distintos y se podían probar más de cuarenta aves exóticas.

Nadie usaba servilletas a su alrededor, no había visto ni una en las mesas. Los habitantes de aquel lugar se limpiaban los dedos con migas de pan que manejaban con habilidad con las puntas de los dedos y que luego tiraban al suelo donde los gatos y los perros daban buena cuenta de ellas. El hombre hizo lo mismo y se sintió bien mientras comía y escuchaba y se dejaba embriagar por el jugoso sabor del vino. Efectivamente, aquel viejo al que llamaban Francisco tenía un sentido del tiempo un tanto peculiar, pero no resultaba molesto, ni cargante. Según él había comido casi de todo en sus muchos años de existencia: músculos de gato en salsa de cardos, rata frita, perro en picadillo, cigarras asadas... Aquel era –decía– un pueblo de pecadores y Dios les había castigado de una manera bastante original: sólo podían disfrutar de algunos sentidos. Eso que veía delante, todo aquel lujo desparramado por las mesas, era la única forma de belleza que eran capaces de conocer.

Los niños dejaron de servir vino y comenzaron a llenar vasos de cerveza de abedul para acompañar los platos más ligeros que ya invadían las mesas. El hombre se sintió harto, pero trató de no parecer descortés probando pequeñas cantidades de los nuevos alimentos. La comida se alargó durante casi dos horas hasta que llegaron los postres.

-Estos buñuelos los hago yo, pruebe uno –dijo una señora al otro extremo de la mesa. El hombre lo probó y le pareció exquisito.

-¿Son de leche?

-Le saben a leche, ¿verdad? Son gusanos blancos. Al principio parecen leche, pero cuando ya se han comido dos o tres saben mejor que la leche frita.

-Están muy buenos –dijo él con sinceridad.

-Crecen en los panteones que tenemos en el cementerio –le susurró Francisco con ironía–. Son el legado de los hombres ricos.

(...)